

Equipo editor de la Revista VAINART

Universidad de Sevilla (España)

IN MEMORIAM. ALFONSO CARLOS ORCE VILLAR

IN MEMORIAM. ALFONSO CARLOS ORCE VILLAR

DOI: <https://dx.doi.org/10.12795/vainart.2024.i07.08>
e-ISSN:3020-5727 . Núm. 7 -- Año 2025. pp: 6-38

Recibido el : 02-09-2025
Aceptado el : 05-10-2025

Como citar este artículo

(2025). *In memoriam. Alfonso Carlos Orce Villar* VAINART,(7),134-137.
<https://dx.doi.org/10.12795/vainart.2025.i07.08>

IN MEMORIAM: ALFONSO CARLOS ORCE VILLAR (1959-2025)



Con estas líneas rendimos tributo no sólo al artista, sino al hombre que consagró su vida al barro, al color, a la tradición, a la enseñanza. Su obra deja testimonio de una Sevilla que ama la cerámica, que la respeta, y que, gracias a él, mantiene viva su memoria artística.

El mundo de la cerámica y el arte sevillano llora la pérdida de Alfonso Carlos Orce Villar, destacado artista, investigador y docente, fallecido el 15 de agosto de 2025 en su ciudad natal, Sevilla.

Nacido el 17 de julio de 1959 en el histórico barrio de Triana, Alfonso Orce Villar creció rodeado de tradición ceramista. Nieto del renombrado ceramista Enrique Orce Mármol, Alfonso desde muy joven se acercó al barro, los esmaltes y los hornos, aprendiendo el oficio desde sus bases.

Su pasión por las artes le llevó a licenciarse en Bellas Artes en 1987, y en 1994 defendió su tesis doctoral sobre la obra y legado de su abuelo, titulada *"Enrique Orce, el auge de la cerámica sevillana"*, contribuyendo al conocimiento y preservación de la tradición cerámica de la región.

Alfonso Orce Villar no solo continuó la tradición familiar, sino que la enriqueció. A lo largo de su carrera combinó la creación artística con la docencia: fue profesor de artes plásticas en distintos centros de Andalucía, transmitiendo su pasión por la cerámica, el dibujo técnico y artístico a varias generaciones de estudiantes.

Su taller en Triana se convirtió en un espacio de creación, restauración y transmisión de saberes. Entre sus trabajos más destacados se encuentran restauraciones de imágenes religiosas, como la Virgen del Carmen de Moguer y el Nazareno de Posadas, así como piezas originales de cerámica que fusionan tradición y modernidad.

Alfonso Orce Villar es recordado como continuador y difusor de la cerámica sevillana, un defensor del patrimonio barroco y vidriado de la ciudad. Su obra artística y su labor docente han dejado una huella imborrable en la comunidad artística y en quienes tuvieron el privilegio de conocerle y aprender de él.

El mundo de la cerámica, y Sevilla en particular, pierden a un artista, investigador y maestro comprometido con la cultura y la tradición, cuya pasión por el arte seguirá inspirando a futuras generaciones.

Se puede consultar una colección de sus obras en el siguiente enlace:

<https://retabloceramico.org/obras/?autor=orce-villar-alfonso-carlos>

Por otro lado, nos gustaría reproducir y dar eco a su alma creativa, con la reproducción de un artículo suyo publicado en el periódico la *Voz de Sevilla* (ISSN 1695-0992-DEPOSITO LEGAL: SE-1887-02)

El Corral de Vecinos.

Mis primeros recuerdos son de un corral de vecinos, donde siempre era verano, un caluroso y largo verano, por el que la vida pasaba con vaporosa levedad. El tiempo se manifestaba en Luz destellante y segadora, que se reflejaba en el espacio transparente del río de la infancia, en el que nada junto con los sueños en sus cálidas aguas, con las ansias de encontrar el mar. Cada trago de agua salada me transportaba hacia las lejanas islas paradisiacas de arenas blancas y cristalinas donde habita la Libertad.

La tristeza sólo era una suave llovizna en la tarde, un anochecer más temprano, el frío inesperado sin abrigo la ausencia repentina del amigo.

El miedo no existía, el valor no había que demostrarlo porque se suponía. Todo era igualdad, pues no existe nada que iguale más en este mundo que la pobreza, ni mayor riqueza que la familia y la misad. Un apetito de anhelos y gozos sin apenas se esculpía cada mañana en la abrupta topografía de la milenaria cal que cubría los muros de adarve. Los pájaros anuncianaban, con sus cantos, la llegada del nuevo día. Cuando pintaba en amarillo el primer ortogonal rayo de sol las hojas de los geranios, que estaban colgados en latas sobre la pared. Al que el rojo óxido de hierro la hacía caprichosas figuras, como si de una cueva prehistórica se tratara. No existe mayor Blancura que la que desprendían esas paredes cuando se perfilaba la enjuta y nerviosa figura de mi abuela vestida con el negro hábito de dolor por lo perdido.

El verano es rico en miles del campo para los que no poseen tierras en las lindes, en las vaguadas, en las coladas, en las riberas, en las cunetas, es donde recogen cada estío sus cosechas de frutos, los que no figuran en el registro de la propiedad y los que no tienen contrato de aparcería. Y esto lo hace Dios porque es Grande, porque aprieta y no ahoga, porque nos pone siempre a prueba, pero Antonio el de los higos chumbos sacaba siempre sobresaliente. A las doce en

punto como si de una cita se tratara, cuando las campanas de la espadaña de San Jacinto y el sol invitaba a refrescar, Antonio ponía su puesto multicolor, amarillos, naranjas, rojos, verdes y morados. Era Andalucía la que tomábamos sin saberlo. A la una, siempre a la una, se escuchaba el replique del carro de hielo, los cascos del caballo percherón parecían romper cada tarde los adoquines de la calle, lo veía intenso, tan grande que el caballo de Troya se me imaginaba pequeño. Los niños corrían hacia el viejo carro de madera, cuando lo alcanzaban gemían sus zambranas como las de un barco en una tempestad.